

**Friedhelm Schmidt-Welle**

**Románticos y neoclásicos.  
Proyecciones y límites de dos conceptos europeos  
en México y Centroamérica**

El empleo de las categorías de épocas literarias, igual que el de las generaciones literarias, siempre ha sido problemático por sus generalizaciones y los destiempos de ciertos movimientos o corrientes literarios entre un país y el otro. Este aspecto se ha debatido, sobre todo, con respecto al romanticismo, y se ha llegado a la conclusión de que incluso con respecto al romanticismo europeo se tendría que hablar más bien de romanticismos por las grandes diferencias estéticas e ideológicas de los movimientos románticos en varios países (Hoffmeister 1990: 4-12). Aun considerando que las clasificaciones de épocas ofrecen modelos generales para facilitar la tarea en sí difícil de construir una historia literaria concisa, es decir, aun considerando que son más un instrumento pedagógico que teórico metodológico, muchas veces, las contradicciones internas de estos modelos ponen en duda el sentido de su empleo en nuestra disciplina. No es una casualidad, entonces, que la historiografía literaria esté en crisis desde hace varias décadas.

Si estos debates siguen siendo vigentes en el caso de las literaturas europeas del siglo XIX, es decir, las nacidas en un contexto más o menos homogéneo con una historia cultural común o ciertas bases culturales comunes, podemos imaginar que esta clasificación se vuelve más problemática cuando se trata de la historia cultural de países poscoloniales como los hispanoamericanos con su difícil relación política, económica y cultural con la metrópoli, relación que se podría resumir, aunque de manera muy general, con los términos de dependencia y diferencia.

Además, en realidad existen varios sistemas literarios en las sociedades hispanoamericanas debido a la situación poscolonial. Esto significa que las categorías mencionadas antes solamente podrían ser váli-

das para analizar el caso de la llamada literatura culta, pero no se aplicarían a las literaturas populares, y mucho menos a las indígenas.

Para entender la recepción y hasta el empleo de las nociones europeas de épocas literarias en los países hispanoamericanos, hay que tener en cuenta el contexto político ideológico de la Independencia de varias de las sociedades hispanoamericanas en las primeras décadas del siglo XIX. El proyecto de la Independencia fue, sobre todo o al menos en su versión triunfante, un proyecto de los criollos, es decir, de una clase que estaba en favor de una modernización de acuerdo con los modelos europeos de su época. Al mismo tiempo, la Independencia sólo se pudo realizar basándose en una ideología que proponía, al mismo tiempo, una separación de la metrópoli y un distanciamiento de las culturas indígenas del continente. Es decir, la Independencia se pudo lograr por una doble diferenciación.

Por una parte, los criollos tenían que destacar la diferencia entre el proyecto de Independencia y la Colonia sin la cual no sería posible la legitimación y con esa la realización política del proyecto independentista. Por otra, tenían que marcar un distanciamiento de las culturas indígenas o en algunos países incluso de las afroamericanas debido a su propia perspectiva como futura clase dominante y debido a la posibilidad de que las clases populares, el “populacho” en la terminología de los letrados del siglo XIX, se podrían convertir en una amenaza real para su afán de convertirse en esa clase dominante.

Esta base ideológica del proyecto emancipador resulta en una recepción muchas veces ecléctica de los modelos europeos de desarrollo y progreso no solamente a nivel de las ideas políticas sino también de las culturales. En general, se puede percibir una lectura de los fenómenos culturales europeos en función del propio ideario político y sobre todo del imaginario cultural. En este contexto, las ideas europeas son empleadas como un argumento de autoridad (Descombes 1977) sin que se sigan al pie de la letra.

Aplicado a la literatura, mi hipótesis al respecto sería la siguiente: La recepción de las literaturas europeas no sólo es ecléctica,<sup>1</sup> sino las diferentes escuelas y propuestas estéticas europeas se leen en función de la posibilidad de relacionarlas con una cierta ideología política y un

---

1 Cf. al respecto del eclecticismo de esta recepción, Schmidt-Welle (2003: 320-322).

cierto imaginario cultural poscolonial. En esta ocasión, quisiera analizar la traducción cultural y la funcionalización de las nociones de “neoclasicismo” y “romanticismo” para su empleo en este contexto histórico diferente. Me voy a referir concretamente a México y Centroamérica, y voy a debatir tanto el uso de las categorías mencionadas durante el siglo XIX como su empleo en las historias literarias del XX.

Para debatir las maneras en que se emplean las nociones de “neoclasicismo” y “romanticismo” durante la época de la Independencia en Hispanoamérica, hay que tener en cuenta algunas diferencias políticas entre las futuras sociedades poscoloniales. México, y con él Centroamérica, es decir, la antigua colonia de la Nueva España, fue uno de los centros de la colonización española, con una administración política y una institucionalización cultural mucho más sofisticada que aquellas de las zonas de la periferia de la Colonia. Al mismo tiempo hay que considerar el centralismo reinante en la Nueva España: la vida cultural se concentra en la ciudad de México y los futuros países centroamericanos quedan al margen de ella. La importancia de la Nueva España dentro del sistema colonizador español explica, en parte, porque la recepción de las nuevas tendencias políticas y estéticas europeas de fines del siglo XVIII no adquirió el mismo radicalismo en México y Centroamérica como en Chile y sobre todo en la Argentina. En la Nueva España, la reacción a esas nuevas tendencias fue mucho más conservadora incluso entre los representantes de un pensamiento liberal o, en los pocos casos de pensadores más radicales, fue silenciada.

El dilema de la aplicación de categorías europeas al contexto hispanoamericano se percibe claramente al analizar las historias literarias escritas durante el siglo XX. Si comparamos las historias literarias mexicanas y centroamericanas o las sobre las literaturas de Hispanoamérica en general, nos damos cuenta que, por ejemplo, la noción de “neoclasicismo” se emplea cada vez con más cautela. En las historias literarias escritas hasta la década de 1970 se hace uso de las nociones de “neoclasicismo”, “romanticismo”, “realismo” y “naturalismo” según el modelo europeo (Alegría 1974; Anderson Imbert 1954; Millán 1963; Suárez-Murias 1963; Warner 1953), aunque en muchos casos el romanticismo se propone como la corriente más importante del siglo XIX ubicándola entre 1830 y 1890 e incluyendo en ella de manera paradójica al “romanticismo realista” y al “romanticismo natu-

ralista”. Al mismo tiempo, se destaca la tardanza, en comparación con las historias literarias en Europa, de las épocas literarias mencionadas en el subcontinente. Incluso en historias literarias más recientes se sigue hablando del romanticismo tardío (Bellini 1988: 235-240; Varela Jácome 1987: 93), lo que hace más contradictorio el esquema empleado porque se supone que los escritores en Hispanoamérica leen los textos realistas o naturalistas europeos siguiendo al mismo tiempo exclusivamente los modelos del romanticismo.

En las historias literarias tradicionales se ubican en el neoclasicismo poetas mexicanos como Andrés Quintana Roo, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, José Joaquín Pesado, entre otros, y al cubano José María Heredia que estaba exiliado en México (Anderson Imbert 1954: 104-106; Carballo 1991; Millán 1963). En el caso de la novela normalmente se omite la mención del neoclasicismo. Según estas historias literarias, los poetas románticos mexicanos son Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Acuña, Manuel M. Flores, entre otros. Y en la novela lo son Manuel Payno, Justo Sierra O'Reilly, Juan Díaz Covarrubias, Florencio M. del Castillo y Perdo Castera, entre muchos más (Anderson Imbert 1954: 130-132, 167-169; Carballo 1991; Millán 1963), y algunos críticos incluyen también a Ignacio Manuel Altamirano en esa corriente (Anderson Imbert 1954: 167).

En el caso de la literatura centroamericana, la clasificación es más complicada debido a que después de la Independencia en 1821 existía la Confederación Centroamericana y la mayoría de los Estados nacionales centroamericanos que hoy conocemos se fundaron después del fracaso de esta Confederación en 1839. Además, y debido al centralismo reinante en la Colonia, la vida cultural estaba poco institucionalizada. En algunos países, la imprenta se instaló décadas después de la Independencia y casi no existía un público lector.

Según las historias literarias tradicionales, entre los poetas neoclásicos centroamericanos encontramos a Rafael García Goyena (Guatemala), Matías de Córdoba (Guatemala), Simón Bergaño y Villegas (Guatemala) y José Trinidad Reyes (El Salvador). Entre los románticos destacan José Batres Montúfar (Guatemala), Juan Diéguez Olaverri (Guatemala), Ismael Cerna (Guatemala) y Enrique Hoyos (El Salvador). No se mencionan narradores pertenecientes al neoclasicismo y existen muy pocos representantes de la prosa romántica, entre ellos

José Milla (Guatemala, pseudónimo: Salomé Jil) (Albizúrez Palma/Barrios y Barrios 1993: 229-288; Lazo 1997: 240-257). Aunque muchos de los letrados en Centroamérica se dedicaron a la escritura después de la Independencia, en general cultivaron también otros tipos de textos, en su gran mayoría no literarios (historiografía, redacción de leyes, etc.).

A partir de los años 80 del siglo pasado, el esquema tradicional de las historias literarias ya está a punto de agotarse. En la mayoría de los artículos del tomo II de la influyente historia literaria editada por Luis Iñigo Madrigal en 1987, ni se menciona la existencia del neoclasicismo a pesar de que el volumen se titula *Del neoclasicismo al modernismo*. El artículo sobre “Neoclasicismo, romanticismo, naturalismo” (Varela Jácome 1987: 87) en la novela comienza con la novela romántica (Varela Jácome 1987: 91) y ni en el artículo sobre José Joaquín Fernández de Lizardi se habla de neoclasicismo. El único capítulo de esa historia literaria en que el neoclasicismo se convierte en una noción más o menos importante es el sobre la poesía. Según Alfredo Roggiano, los llamados “poetas de la independencia” o “poetas de la revolución”, es decir, de la fase entre 1800 y 1830,

adoptaron el liberalismo laico procedente de la Ilustración, fueron republicanos en política y partidarios de la igualdad social, pero en la expresión literaria no superaron al neoclasicismo franco-español (Roggiano 1987: 277).

Esta cita nos muestra uno de los dilemas de la aplicación de las épocas literarias europeas a la historiografía literaria hispanoamericana, es decir, una mezcla entre criterios políticos y estéticos para caracterizar la literatura hispanoamericana del XIX. Considerando el desarrollo político en el subcontinente, todos los escritores independentistas tendrían que ser románticos no solamente en lo político sino también en lo estético, siguiendo el ideal del romanticismo social francés que ejerce tanta influencia sobre los escritores hispanoamericanos (Schmidt-Welle 2003). El hecho de que no lo son, muestra claramente los límites de la aplicación de criterios de la historia literaria, pero también de la historia política europea a las sociedades poscoloniales en Hispanoamérica.

En las historias literarias recientes como la *Cambridge History of Latin American Literature* (González Echevarría/Pupo-Walker 1996) o en *Literary Cultures of Latin America* (Valdés/Kadir 2004), se bus-

can y se emplean otras categorías que las de las épocas literarias tradicionales. Eso indica la creciente inconformidad de los investigadores con la aplicación de las categorías europeas de épocas literarias a la historia literaria o la historia de las culturas literarias (en el enfoque de *Literary Cultures of Latin America*) en Hispanoamérica.

Con eso regresamos al siglo XIX para destacar algunas de las diferencias y semejanzas entre el neoclasicismo y los romanticismos europeos, por una parte, y la historia literaria mexicana y centroamericana, por otra. En mi breve comparación, me limito a las literaturas europeas que tienen más repercusión en Hispanoamérica, es decir, en primera instancia la francesa y la española, y, con una recepción menor o muchas veces indirecta mediante las traducciones al francés, la inglesa y la alemana.

Hay que destacar que la polémica entre neoclasicismo y romanticismo que se lleva a cabo sobre todo en Francia, por varias razones casi no se realiza en México y Centroamérica. No existe aquí, como en Francia, una Academia de la Lengua muy rígida en cuanto a las formas literarias o las reglas lingüísticas canonizadas. Como ya he mencionado, muchos de los llamados poetas neoclásicos estaban a favor de la Independencia, con lo cual se suavizaron las diferencias estéticas entre las distintas corrientes literarias y la polémica se volvió obsoleta.

En cambio, los escritores que adoptaron los modelos del romanticismo europeo, los tradujeron a sus propias necesidades ideológicas debido, sobre todo, al estado frágil de las naciones poscoloniales que no permitieron un cambio social radical sin poner en riesgo el proyecto de la Independencia. Como bien afirma José Luis Martínez, el romanticismo mexicano

[...] es un romanticismo frenado; nunca extrema las notas ya esenciales a la sensibilidad que convenían al momento. Su falta de determinantes históricos (no circunstanciales) hacen imposible la existencia de luchas contra un neoclasicismo que nunca existió, y por ello el romanticismo es en México una escuela literaria sin violencias y sin una quiebra radical frente al pasado (citado en Roggiano 1987: 284).

Considerando esta crítica del “romanticismo” en México tanto en términos ideológicos como estéticos, podríamos preguntarnos si es legítimo hablar de romanticismo en este caso. Ese “romanticismo frenado” por su contexto poscolonial es una de las razones por la cual en

Hispanoamérica existe una muy escasa, y en general equivocada, recepción del romanticismo alemán más radical en términos filosóficos y estéticos.<sup>2</sup> La recepción del romanticismo alemán en la Hispanoamérica del siglo XIX se concentra, entonces, en dos figuras que en Alemania no se consideran románticos: Goethe y Schiller, y en otra que solamente lo es en una fase temprana de su obra: Heine (Carilla 1975, I: 116-123).

Un cuestionamiento radical de las bases ideológicas de la sociedad y de las relaciones entre los géneros hubiera arriesgado el proyecto criollo. De ahí se explica el final feliz de las relaciones amorosas y su imagen conservadora incluso en los escritores hispanoamericanos más radicales, como bien lo ha mostrado Doris Sommer en su análisis de las ficciones fundacionales (Sommer 1993). En otras palabras: Mientras que en los romanticismos europeos, y sobre todo en el alemán, el individualismo y el subjetivismo conducen a una crítica de y rebelión contra los valores morales establecidos por la sociedad, en México y Centroamérica los intelectuales ven en la literatura, y sobre todo en la novela, “el mas [sic!] poderoso instrumento para propagar la instrucción y la moralidad” (Rosa 1844: 206) y condenan todas las formas de rebelión individual y estética como anarquismo y libertinaje o como exageraciones del romanticismo sentimental respectivamente. Con razón, Jorge Antonio Ruedas de la Serna afirma “que el romanticismo, en lo que tuvo de fuerza liberadora del individuo frente a los privilegios aristocráticos, hubiese sido rechazado” (Ruedas de la Serna 1985: 72). Esto significa que en la literatura mexicana y centroamericana del XIX, no hay una revolución estética comparable con la del romanticismo europeo o de los romanticismos europeos. En estas literaturas, la imaginación artística no representa la idea central de la estética y de la percepción del mundo. A la deseada modernización política y socioeconómica no le corresponde una modernización literaria de tal magnitud como en los romanticismos europeos.

Por eso tampoco me parece adecuada la descripción de la literatura mexicana o centroamericana del período de 1830 a 1890 como un mero aspecto de la europea, que se resuelve en el carácter imitativo o

---

2 Ángel Rama escribe al respecto: “[...] no tuvimos el romanticismo idealista e individualista alemán, sino el romanticismo social francés, haciendo de Víctor Hugo un héroe americano” (Rama 2009: 129).

dependiente del romanticismo (Losada 1977: 160). Por consiguiente, rechazo la idea de un romanticismo tardío para la literatura mexicana y centroamericana del siglo XIX. Con eso no quiero negar la existencia de influencias o relaciones intertextuales entre los romanticismos europeos, y sobre todo entre el romanticismo social francés, y las literaturas mexicana y centroamericana del XIX. Pero estas influencias se reducen a ciertas ideas y formas literarias, siempre y cuando estén conformes al ideario y a la ideología de los escritores liberales. Se trata, por eso, de un proceso de traducción cultural con fines ideológicos propios.

Otra diferencia es que la literatura nacional en México y Centroamérica tampoco se basa, como en los romanticismos europeos, en un redescubrimiento de las tradiciones folklóricas (Ortega 1994/95: 135; Zemskov 1991: 67-68). A la negación de las tradiciones culturales y literarias indígenas se añade más bien la negación de la historia cultural y literaria de la Colonia.

Se hace *tabla rasa* de la historia política, cultural y literaria anterior a la Independencia. En esta negación de la tradición radica otra diferencia con respecto a los romanticismos europeos. En vez de construir un pasado mítico o buscar los orígenes de la nacionalidad, los letrados fundan la literatura nacional –en sí un proyecto con rasgos románticos– en la historia contemporánea, la naturaleza americana, las costumbres de la época y en la construcción y afirmación de un portador de la conciencia étnica y nacional (Ortega 1994/95: 135-136; Zemskov 1991: 70), un mestizo “teórico”, diría yo, que en las novelas adquiere más características culturales de un criollo liberal que de un mestizo en el sentido cultural.

De ahí el rechazo del encanto por la Edad Media y los asuntos caballerescos, tan frecuente en los romanticismos europeos. De ahí la condenación de la poesía religiosa que se asocia con la tradición medieval cristiana a diferencia del “ateísmo” de la Ilustración y las influencias de la Antigüedad en el neoclasicismo europeo. De ahí también la ubicación de la mayoría de las novelas “históricas” hispanoamericanas del siglo XIX en la historia contemporánea, mientras que las novelas románticas del género en Europa, como las de Walter Scott y Víctor Hugo, por ejemplo, tratan temas de la historia medieval.



(Las primeras, entonces, y al pie de la letra, muchas veces son más bien “nouvelles” que novelas históricas.)<sup>3</sup>

En México y Centroamérica se trata de encontrar una posibilidad de reconciliación entre naturaleza, individuo y sociedad y el proceso de modernización de esta última. En este sentido, el proyecto utópico de una nación y de una identidad nacional homogéneas se constituye como intento de armonización y, en última instancia, de unificación del sujeto emancipado con la modernización del Estado poscolonial en consonancia con la naturaleza. En cambio, en los romanticismos europeos la naturaleza se describe como un todo viviente que influye en los sentimientos y como contrapartida al proceso de la modernización, urbanización e industrialización, proceso ausente en la sociedad mexicana y las centroamericanas de la época.

Debido a la fragilidad de los Estados poscoloniales, no es casual que los escritores hispanoamericanos asocien la libertad con el orden que establecen los criollos a partir de la Independencia. Para el proceso literario, esto significa la condenación de toda rebelión individual tan frecuente en el romanticismo europeo. Se distingue

entre *la libertad* entendida como goce casi estético consubstanciado con el heroísmo [...] y *el libertinaje* entendido como perversión y negación de la libertad, asociable con la guerra civil que era símbolo del no orden (Carrera Damas 1994: 70. El subrayado es del original).

En este sentido, el romanticismo social –y no el estético– funciona como legitimación para el criollo en su afán a no identificar la libertad con el desbordamiento de las masas populares. Por esto, en cuanto al contenido de las novelas del liberalismo mexicano, “se trata de novelas tímidamente reformistas, en las que no tienen lugar las pasiones desbordadas ni la crítica de las instituciones vigentes”, como afirma Jorge Ruedas de la Serna (1985: 71). Lo mismo es válido para el caso de las pocas novelas centroamericanas de la época.

Después de haber destacado tantas diferencias entre el neoclasicismo y los romanticismos europeos, por una parte, y la literatura del siglo XIX en México y Centroamérica, por otra, la pregunta sería, si se

---

3 Posiblemente esta falta de novelas literalmente históricas en la literatura mexicana del siglo XIX aclara el florecimiento del género en las últimas décadas del siglo XX.

puede hablar de un neoclasicismo y de un romanticismo en estos países hispanoamericanos (Schmidt-Welle 2004). Aunque sobre todo el concepto de literatura nacional de los romanticismos europeos se presta mejor para su aplicación al proceso literario en México y Centroamérica porque destaca precisamente las diferencias nacionales y de esta manera podría servir como base de un liberalismo nacionalista y sentimental tal como se expresa en la literatura de estas sociedades poscoloniales, no me parece adecuado hablar de un romanticismo o de un neoclasicismo en el sentido de épocas literarias en la historia de estas sociedades hispanoamericanas. Más allá de que se trataría de una clasificación occidentalista que no tiene en cuenta la existencia de otros sistemas literarios en sociedades poscoloniales, sería, a mi modo de ver, una exageración en cuanto a la valoración de las influencias o de los procesos intertextuales entendidos como meras copias del desarrollo del proceso literario en Europa.

Seguramente tendríamos que diferenciar el grado de intertextualidad según cada autor o incluso según cada género literario. Por ejemplo, las influencias de formas literarias europeas en la literatura poscolonial hispanoamericana son más visibles en la poesía y menos en la prosa. Pero estos procesos intertextuales no deben terminar en la afirmación de la existencia de una historia literaria hispanoamericana de acuerdo con los modelos europeos de la historiografía literaria. Nos queda, entonces, la tarea de implementar nuevas categorías y conceptos para una renovada historia literaria hispanoamericana, categorías y conceptos que consideren los procesos transculturales específicos y las traducciones culturales que se llevan a cabo al cruzar los textos literarios y con ellos las nociones de ciertas épocas literarias europeas el Atlántico.

## Bibliografía

- Albizúrez Palma, Francisca/Barrios y Barrios, Catalina (<sup>3</sup>1993): *Historia de la literatura guatemalteca*. Vol. 1. Guatemala: Editorial Universitaria de Guatemala.
- Alegría, Fernando (<sup>4</sup>1974): *Historia de la novela hispanoamericana*. México, D.F.: Andrea.
- Anderson Imbert, Enrique (1954): *Historia de la literatura hispanoamericana*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Bellini, Giuseppe (<sup>2</sup>1988): *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Castalia.
- Carballo, Emmanuel (1991): *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/ Xalli.
- Carilla, Emilio (<sup>3</sup>1975): *El romanticismo en la América Hispánica*. 2 tomos. Madrid: Gredos.
- Carrera Damas, Germán (1994): “La auyama no es una especie de calabaza americana, ni la calabaza es una especie de auyama europea. (Aspectos histórico-críticos del romanticismo latinoamericano referidos al caso de Venezuela.)”. En: Wentzlaff-Eggebert, Christian (ed.): *Spanien in der Romantik*. Köln/Weimar/Wien: Böhlau, pp. 59-73.
- Descombes, Vincent (1977): *L’Inconscient malgré lui*. Paris: Minuit.
- González Echevarría, Roberto/Pupo-Walker, Enrique (eds.) (1996): *The Cambridge History of Latin American Literature*. Vol. I: *Discovery to Modernism*. Cambridge/New York/Melbourne: Cambridge University Press.
- Hoffmeister, Gerhart (<sup>2</sup>1990): *Deutsche und europäische Romantik*. Stuttgart: Metzler.
- Lazo, Raimundo (<sup>6</sup>1997): *Historia de la literatura hispanoamericana. El siglo XIX (1780-1914)*. México, D.F.: Porrúa.
- Losada, Alejandro (1977): “Romanticismo y sociedad en América Latina”. En: *Revista de Literatura Hispanoamericana*, 12, pp. 145-164.
- Millán, María del Carmen (<sup>2</sup>1963): *Literatura mexicana (con notas de literatura hispanoamericana y antología)*. México, D.F.: Esfinge.
- Ortega, Julio (1994/95): “Formación nacional, cultura y discurso literario en el siglo XIX hispanoamericano”. En: *Nuevo Texto Crítico*, 7, 14/15, pp. 129-146.
- Rama, Ángel (2009): *La ciudad letrada*. Madrid: Fineo/Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Roggiano, Alfredo A. (1987): “La poesía decimonónica”. En: Iñigo Madrigal, Luis (ed.): *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo II: *Del neoclasicismo al modernismo*. Madrid: Cátedra, pp. 277-288.
- Rosa, Luis de la (1844): “Utilidad de la literatura en México”. En: *El Ateneo Mexicano*, 1, pp. 205-211.
- Ruedas de la Serna, Jorge Antonio (1985): “La novela romántica como documento de interpretación para la historia de las ideas en el siglo XIX”. En: *Revista de Historia de América*, 99, pp. 63-72.

- Schmidt-Welle, Friedhelm (2003): "El liberalismo sentimental hispanoamericano". En: Schmidt-Welle, Friedhelm (ed.): *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 317-336.
- (2004): "Romanticismo/s y formación de la literatura nacional en México. Algunas hipótesis sobre la historia literaria del siglo XIX". En: Grunwald, Susanne/Hammerschmidt, Claudia/Heinen, Valérie/Nilsson, Gunnar (eds.): *Pasajes. Passagen. Passagen. Homenaje a / Mélanges offerts à / Festschrift für Christian Wentzlaff-Eggebert*. Sevilla: Universidad de Sevilla/Universität zu Köln/Universidad de Cádiz, pp. 599-610.
- Sommer, Doris (1993): *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Suárez-Murias, Marguerite C. (1963): *La novela romántica en Hispanoamérica*. New York: Hispanic Institute in the United States.
- Valdés, Mario J./Kadir, Djelal (eds.) (2004): *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History*. 3 vols. New York/Oxford: Oxford University Press.
- Varela Jácome, Benito (1987): "Evolución de la novela hispanoamericana en el XIX". En: Iñigo Madrigal, Luis (ed.): *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo II: *Del neoclasicismo al modernismo*. Madrid: Cátedra, pp. 91-133.
- Warner, Ralph E. (1953): *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. México, D.F.: Antigua Librería Robredo.
- Zemskov, Valeri Borisovich (1991): "Proceso y coincidencia de la formación étnica y nacional de la cultura latinoamericana del siglo XIX". En: Picon Garfield, Evelyn/Schulman, Ivan A. (eds.): *Contextos. Literatura y sociedad latinoamericanas del siglo XIX*. Urbana/Chicago: University of Illinois Press, pp. 66-72.